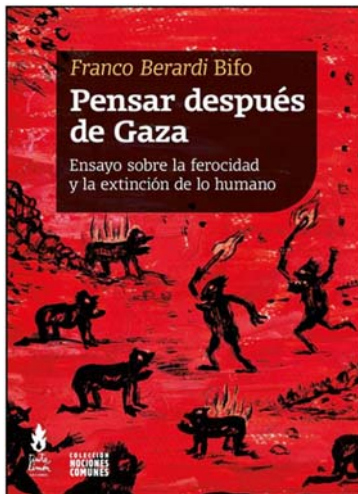

**SOBRE *PENSAR DESPUÉS DE GAZA.*
*ENSAYO SOBRE LA FEROCIDAD Y
LA EXTINCIÓN DE LO HUMANO,*
DE FRANCO BERARDI BIFO**

Inés Kreplak
Universidad de Buenos Aires
ineskreplak2@gmail.com



∞

Pensar después de Gaza. Ensayo sobre la ferocidad y la extinción de lo humano, de Franco Berardi Bifo; Buenos Aires: Tinta Limón, 2025; 190 pp.; ISBN 978-631-6507-32-7.



La era de la ferocidad: una lectura crítica de *Pensar después de Gaza*

En su ensayo más reciente, el diagnóstico del filósofo y activista italiano Franco “Bifo” Berardi se expresa sin matices ni atenuantes: la civilización, entendida como el proyecto humanista y universalista heredado de la Ilustración, colapsó y entramos en el reino de la ferocidad.

Pensar después de Gaza condensa muchas de las obsesiones que recorren la obra de Bifo desde hace décadas: la mutación del deseo, la automatización de la sensibilidad, la impotencia del lenguaje y el agotamiento de la empatía. La idea central del libro es que las respuestas por parte del Estado de Israel a las agresiones atroces que formaciones yihadistas palestinas desataron contra comunidades del sur de Israel el 7 de octubre de 2023 marcan el umbral de un cambio civilizatorio. Si bien, según el autor, desde hace setenta y cinco años los palestinos son sometidos a diversos actos de crueldad —que van desde discriminaciones, deportaciones injustificadas, internamientos en campos de exterminio u homicidios casuales o dirigidos— esos actos de humillación no fueron suficientes y la venganza a los ataques se convirtió en una campaña genocida sin disimulo. El contraataque israelí no puede explicarse como defensa ni como justicia, sino como síntoma de una mutación más profunda que deriva en el pasaje de la racionalidad política a la ferocidad posthumana.

Los acontecimientos en Medio Oriente pueden pensarse como el último eslabón de una cadena que comenzó con la Primera Guerra Mundial, con el castigo humillante impuesto al pueblo alemán en el Tratado de Versalles de 1919. Los judíos, convertidos en chivos expiatorios, fueron acusados de la derrota de 1918. De este trauma nació la venganza que se encarnó en la figura de Adolf Hitler. Así, según Berardi, la persecución y el exterminio de los judíos durante los años de la Segunda Guerra Mundial generaron un dolor inmenso que solo tuvo alivio en la creación del Estado de Israel. Allí Berardi lee que: “La humillación sufrida a manos de los nazis exigía una compensación psíquica, y esta compensación es la persecución y el exterminio del pueblo palestino” (31). Es decir, que el Estado de Israel buscó una víctima más débil que pudiera volverse la víctima de la víctima.

Más allá de ciertas concatenaciones lógicas que parecen hechas velozmente, Berardi logra expresar sin tapujos lo que muchos intelectuales no se animan a decir: “Israel ha perdido el apoyo y la comprensión de toda una generación entera. Para ellos, la palabra ‘sionismo’ significará lo mismo que ‘nazismo’ para la mía” (32).

La escala de la respuesta a la violencia tras los ataques del 7 de octubre expresa un colapso de las categorías modernas de razón, democracia y lenguaje. En su lugar emerge lo que Bifo denomina “la ferocidad”, en tanto retorno a la bestialidad, a la violencia asesina como reacción primordial para defender la propia supervivencia. La ferocidad implica una imposibilidad de empatía en un mundo saturado de imágenes, de información y de datos en donde esa acumulación no produce nada. Gaza es, para el filósofo, “Auschwitz con cámaras”: un espacio donde el sufrimiento se muestra y se consume en tiempo real, en donde hay una mostración de la crueldad y una espectacularización de la violencia sin pensamiento crítico, sin conciencia ética ni política. “La orgía de horror en las pantallas grandes y pequeñas que nos persiguen en todo lugar y a toda hora produce, entre otras cosas, una especie de nihilismo visual: una habituación estética al horror” (46). La superposición de imágenes a toda hora, en todo lugar, genera un acostumbramiento tal que lleva a la normalización de la crueldad.

Bifo insiste en que, ante el fracaso irremediable de la razón, del lenguaje, de la comunicación y de la democracia, ahora lo que gobierna es la violencia asesina como norma. La saturación de imágenes y de información vuelve impotente al lenguaje. Los discursos se acumulan hasta anularse entre sí, incapaces de producir sentido. Por lo tanto, cuando la palabra ya no puede ser comprendida, cuando no sirve para comunicar, para legislar ni para construir comunidad, la única ley que vale es la ley del más fuerte, del más violento, del depredador, la ley de la ferocidad. En este escenario, la ferocidad se convierte en forma de gobierno, en la norma biopolítica del presente.

A lo largo de los capítulos centrales, Berardi amplía este diagnóstico hacia una crítica del capitalismo digital y del automatismo tecnológico. La violencia contemporánea, sostiene, ya no responde a pasiones ideológicas o a delirios nacionalistas, sino al automatismo de sistemas económicos, financieros y mediáticos que operan sin sujeto. La guerra deviene una prolongación del algoritmo: una máquina que ejecuta órdenes sin conciencia ni remordimiento. La inteligencia artificial, que organiza y filtra la percepción colectiva, participa activamente en esa deshumanización. La extinción de la empatía se acelera cuando la decisión de matar o de borrar una comunidad se reduce a un cálculo estadístico. El resultado es una humanidad automatizada, anestesiada, incapaz de sentir. Bifo retoma ideas ya presentes en *Futurabilidad* o *El tercer inconsciente*: la sustitución del deseo por la excitación, la colonización del inconsciente por la economía de datos.

En *Pensar después de Gaza*, esta mutación alcanza un punto de no retorno. La inteligencia artificial, expresa, no es una amenaza externa sino el espejo de nuestro propio vacío afectivo, una inteligencia sin cuerpo, sin placer y sin piedad. La extinción de la especie, por lo tanto, no es solo biológica sino también espiritual.

El tono de todo el ensayo es pesimista y lúgubre, casi como si quienes nos formamos con una matriz de pensamiento, una ideología que se alimenta del humanismo, no tuviéramos nada más para hacer a partir de ahora: “En 2024 hemos aprendido que la ferocidad y la crueldad no tienen fin, y que la cadena de venganza no puede romperse. Hemos aprendido que no hay razón para esperar que alguien nos devuelva la esperanza que Israel ha borrado del futuro de la especie humana a la que tenemos la desgracia de pertenecer” (21). Sin embargo, Bifo nos insta, a quienes aún sentimos el horror de este presente, a tener el valor de entender y, a su vez, a desertar.

La desertión, noción que atraviesa toda su obra reciente, no implica una huida cobarde sino una retirada ética del paradigma de la ferocidad: “Debemos entender porque solo cuando hayamos entendido podremos comenzar la única acción razonable: desvincularnos de la atadura histórica, olvidar la identidad (las identidades) y, por lo tanto, descubrir –o más bien instaurar– una dimensión no histórica, no política, donde sean posibles la amistad, la alegría y la cortesía. Quien comprende, deserta” (19). Incluso, debemos desertar del lenguaje que legitima esta violencia, del ritmo productivo que destruye la sensibilidad, de la obediencia al sistema que se ha vaciado del sentido de lo humano. Esa propuesta puede parecer mínima frente a la magnitud del desastre, pero en su modestia radica su potencia política. Si la razón moderna ha fracasado, tal vez solo quede el gesto poético, la pausa, la retirada. Y debemos, siempre, testimoniar que estamos del lado de los colonizados del mundo, aunque no haya estrategia política común entre estos grupos, simplemente nos une el estar en contra de la lógica de la guerra a la que estos nuevos Hitler del mundo nos quieren arrastrar.

Entre las breves secciones que componen cada capítulo, la reflexión filosófica y la contextualización histórico-política se entremezclan sin una organización sistemática del argumento. No hay en este texto datos estadísticos sino, por el contrario, la sensación de que se está pensando en medio del caos y que lo que importa es individualizar el razonamiento, ser capaces de sentir para volver a este hecho algo razonable. Retirarse a pensar, desarticuladamente, salir de los estándares de la productividad, escribir para ser leído, para dialogar indirectamente con otros, para continuar ejerciendo el lenguaje, para elevarlo a su máxima potencia, como un gesto poético, como una retirada, como una salida hacia los márgenes de este mundo que impone odio y destrucción.

En las “Notas a Lucrecio” que cierran el libro, Berardi encuentra en el pensamiento materialista del filósofo romano un último refugio ético. Lucrecio, autor de *De rerum natura*, había imaginado el universo como un flujo de átomos que se desvían mínimamente, el *clinamen*. En ese pequeño desvío, Berardi encuentra la posibilidad de una política del gesto, una acción no violenta, una micropolítica de la deserción. Frente a la maquinaria de la destrucción total, la única respuesta sensata es el desvío sensible, volver a sentir, pensar con lentitud, practicar la amistad y la cortesía como actos subversivos.

Los fragmentos que componen el libro construyen una textualidad desolada, devastada, en donde las ruinas de los grandes pilares del pensamiento se desintegran. La reflexión filosófica y la argumentación histórico-política se suceden. Esta forma fragmentaria no es casual, forma un método para pensar mientras todo se derrumba. Bifo usa la materialidad del lenguaje como único refugio posible.

Pensar después de Gaza no es un libro sobre un conflicto geopolítico particular sino una meditación sobre el agotamiento de la humanidad tal como la conocimos hasta ahora. Gaza funciona como metáfora del fin del humanismo como base ética y política de la convivencia. La lectura es incómoda, incluso hostil, pero necesaria: obliga a pensar qué queda de lo humano cuando la empatía ha sido abolida. Berardi no ofrece soluciones ni proyectos colectivos; propone, en cambio, una ética mínima: entender para desertar, pensar para no reproducir la ferocidad, aun a contracorriente, aun como gesto contracultural.

En esa obstinación del pensamiento, en esa negativa a la indiferencia, sobrevive algún resto de humanidad. Tal vez allí, en la convicción de seguir pensando en medio del desastre, resida la última forma de esperanza que este libro teñido de rojo, paradójicamente, nos conceda.